

V
922
M

BX2677

M3

V. 6

1891-



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

VIDA DE LOS
PADRES DE LOS DESIERTOS
DE ORIENTE

ESTADO DE LOS MONASTERIOS DE LA PALESTINA EN TIEMPO DE JUAN MOSCH¹

Necesario es remontarnos más allá del pontificado de Sofronio, y considerar el estado de los monjes de la Palestina antes de la irrupción de los persas, bajo el rey Cosroas, tomando los datos que necesitemos del *Prado espiritual* de Juan Mosch. Este vivía en el lugar de los hechos, habla siempre como testigo ocular, y su obra citada en el séptimo concilio general y por san Juan Damasceno, bajo el nombre de Sofronio, porque la dedicó á él, y con él trabajó en ella, es mirada no sólo como muy edificante, sino como muy útil para la historia monástica.

Comienza Juan Mosch por la fundación del monasterio de Sapsas, de que hemos hablado en uno de los capítulos precedentes. Habla despues de Conón, solitario del monasterio de Pontucla, situado cerca del Jordán, y lo representa como un perfecto religioso. Los griegos hacen de él el mismo elogio; pero lo consideran como natural de Cilicia; mientras que Juan dice que era de Alejandria. Entró jóven

¹ Juan Mosch, Vit. PP. Focio y los Bolandistas.

en este monasterio, y fué elevado al sacerdocio. La reputación de su virtud le atrajo la estimación universal, y particularmente de Pedro, patriarca de Jerusalem, que le confió el cargo de conferir el sacramento de la regeneración á los que venian á recibirlo en las aguas del Jordán; pues era entónces una devoción muy ordinaria escoger este rio para el bautismo, en memoria de haberlo recibido en él nuestro señor Jesucristo, de manos del Precursor.

Conón ejerció este ministerio durante algún tiempo, y concibió escrúpulos de bautizar á las mujeres, para no exponerse á ninguna tentación: así es que determinó buscar otro retiro. Pero san Juan Bautista se le apareció, asegurándole y prometiéndole que no tendria que sufrir ninguna tentación con este motivo. Continuó, pues, sus funciones durante doce años, y en todo este tiempo experimentó los efectos de la promesa del Santo Bautista.

Dicen los griegos que vivió aún veinte años más, comprendiendo los doce de que hemos hablado, y añaden que legó á tal grado de santidad, que se decia de él que estaba enteramente destituido de sentidos. Juan Mosch dice que fué superior de su monasterio, y es de creer que fuese despues de los doce años que estuvo consagrado al ministerio de bautizar. Dice tambien que, yendo un dia de Pontucla á Betamarim, fué encontrado por unos judíos, que, por odio de religión, levantaron sus espadas para asesinarle; pero que quedaron inmóviles sus brazos, hasta que el Santo oró por ellos, y recobraron el movimiento. San Conón debió morir hacia el año 555, y Juan Mosch no fué testigo ocurar de su muerte, sino que hace relación de ella por lo que le dijo el abad Atanasio, que habia pasado del monasterio de Pentucla á la laura de san Sabas, cuando le hizo este relato. Habla en otro lugar de otro Conón de Cilicia, que los griegos han confundido con éste. Este Conón de Cilicia vivia en el monasterio de san Teodosio, y fué muy recomen-

dable por su abstinencia y oración: pues no comia más que una vez cada ocho dias, y casi siempre estaba en la iglesia.

El abad Policrono referia á Juan Mosch, que un religioso del monasterio de Pentucla habia salido de él con intención de abandonar su estado y entregarse á sus pasiones. Pero de pronto se sintió acometido de lepra, y viéndose en esta triste situación, volvió en sí mismo, diciendo: « Dios me ha castigado en mi cuerpo para salvar mi alma. » Así que mudó de resolución, y volvió á Dios dándole acción de gracias. Habia también en las inmediaciones del mismo monasterio un santo anacoreta, llamado Marcos, el cual, durante sesenta y tres años, no hizo más que una sola comida por semana. Trabajaba, sin embargo, dia y noche, y repartia entre los pobres el producto de su trabajo. No recibia de nadie cosa alguna, diciendo que sus manos le suministraban lo necesario para su sustento y el de las personas que venian á verle.

Este abad Policrono, que acabamos de citar, habia vivido en el monasterio de las Torres del Jordán, y en el de Constantino ó de Santa Maria la Nueva. Fué sacerdote de la nueva laura, y referia á Juan Mosch, que, hallándose en el monasterio de las Torres, se apercibió de que un religioso, que habia sido hasta entónces muy negligente, entró en grandes sentimientos de fervor, y se consagraba con mucha fidelidad y gozo á todos los deberes de la vida religiosa. Díjole, pues, con este motivo: « Veo, hermano mio, que ahora teneis más cuidado de vuestra alma que ántes, y por ello os doy el parabién. » A lo cual respondió el religioso: « Creedme, padre mio, no tardaré en morir. » En efecto, tres dias despues entregaba su alma al Señor.

Dice también que el ecónomo de este mismo monasterio vino un dia á suplicarle que le ayudase á mudar los muebles de la celda de un religioso que habia muerto, y que á

poco vió que el ecónomo se echó á llorar, y preguntándole la causa, recibió esta respuesta : « Lo que yo hago, por este religioso, lo hará por mí otro dentro de dos dias. » Así sucedió efectivamente; murió el dia que habia anunciado.

Refiere también que, hallándose en el monasterio de Santa María la Nueva, supo que un religioso del monasterio de las Torres habia muerto en Jericó. Quisieron sus hermanos traer el cadáver á su monasterio para darle sepultura, y cuando lo hacian, apareció sobre su cabeza una estrella brillante, que le acompañó hasta el lugar de la sepultura.

Este monasterio de las Torres era uno de los principales de la Palestina, y habia en él muy excelentes religiosos, de alguno de los cuales nos ha dado Juan Mosch edificantes relatos. Dice que, habiendo muerto el abad, quisieron los religiosos darle por sucesor á un anciano muy recomendable por sus virtudes; pero este se excusó diciendo : « Yo os pido, padres míos, que me dispenseis : dejadme más bién llorar mi pecados : pues no soy capaz de dirigir vuestras almas : « este cargo debe confiarse á hombres que sean tan admirables como un san Antonio, un san Pacomio, un san Teodosio. » No se rindieron los religiosos á estas razones, é insistieron en rogarle que se encargase del gobierno del monasterio. Por último, como no desistiesen, les dijo : « Dadme á lo ménos tres dias para que yo pida á Dios que manifieste su voluntad. » Consintieron en ello; pero les hablaba el miércoles, y el domingo en la mañana entregaba su espíritu á Dios.

Habia en este mismo monasterio un religioso, llamado Mirogeno, á quién sus excesivas austeridades habian hecho caer en la hidropesía. Léjos de afligirse, pedia al Señor que durase su mal, para poder sufrir por su amor, y decia á los ancianos que venian á visitarle : « Pedid, padres míos,

al Señor, que mi alma no sea hidrópica. » Eustoquio, patriarca de Constantinopla, quiso enviarle alguna cosa para que se repusiese; pero el bienaventurado varón, despues de darlé las gracias, le suplicó que sólamente le diese sus oraciones, para evitar la muerte eterna.

Un anciano vivia en el mismo monasterio absolutamente desprendido de todas las cosas, y se complacia en despojarse de lo que tenia para darlo á los pobres. Un dia se le presentó uno de estos implorando su caridad. No tenia más que un pan, y se le ofreció; pero el pobre le dijo que no necesitaba más que ropa. Viendo éste que el santo varón iba á quitarse su habito, y considerando que no tendria otro, quedó admirado de tanta caridad, y abriendo el saco que llevaba, lo vació en la celda, diciendo al santo que tomase lo que necesitara.

En una de las grutas del Jordán habia un anacoreta, llamado Bernabé, cuya mortificación era tan extraordinaria, que habiendo un dia entrado en el rio, se le clavó en el pié la punta de una estaca. No quiso sacársela, ni que le viese el médico; pero se le hinchó el pié, y tuvieron que llevarlo al monasterio de las Torres, poco distante de su gruta. Se le dió una celda, y su mal se fué agravando hasta el punto de podrirsele el pié. Su paciencia edificó á todos los religiosos, á los cuales decia : « Quanto más sufre el hombre exterior, tanto más se fortifica y robustece el interior. »

La laura del abad Pedro estaba también cerca del Jordán. Un religioso de esta laura, llamado Macno, permaneció cincuenta años en una gruta, no comiendo más que pan de salvado, no bebiendo nunca vino, y comulgando tres veces en semana. Otro religioso de la misma laura iba frecuentemente al Jordán, y dormia sin temor alguno en las cavernas de los leones. En una ocasión temó dos cachorrillos, y llevándolos á la iglesia de su monasterio, dijo á los religiosos : « Si guardamos bién los preceptos de nuestro Señor Jesu-

cristo, nos temerán estas bestias ; pero por lo mismo que nos hemos hecho esclavos del pecado, nos vemos reducidos á temblar ante ellas. » No es éste el único ejemplo, que cita Juan Mosch, de este valor de los solitarios animado por una fé viva. Dice también que habia un buén anciano en el desierto de Sapsas, que atraia los leones á su gruta, y les daba de comer con sus propias manos. Otro solitario, llamado Pemen, dormia también con los leones: pero lo hacía, porque sabia que habia de ser devorado por uno de ellos, y esperaba expiar de este modo una falta que habia cometido ántes de abrazar la vida monástica, no impidiendo, como hubiera podido hacerlo, que un hombre fuese devorado por los perros. Sus deseos fueron realizados.

La laura de Calamón se hallaba, como la del abad Pedro, no muy distante del Jordán, lo mismo que la de los Eliotas de que muy pronto hablaremos. Habia en ella un solitario, llamado Ciriaco, á quién un religioso, de nombre Teofanes, vino á pedir consejo sobre unas tentaciones con que se hallaba afligido. El santo anciano lo consoló y animó tanto, que este religioso, muy satisfecho, le dijo : « En verdad, padre mio, que si yo no fuese de la comunión de los nestorianos, que es la dominante en mi pais, me quedaria de buena gana á vuestro lado. » Ciriaco, se afligió mucho al saber que seguia los dogmas de Nestorio, y le dijo que no podia esperar su salvación, mientras que siguiese esta doctrina herética, y no confesase que la Santísima Virgen era verdadera Madre de Dios.

Teofanes le respondió, que todos, de cualquiera comunión que fuésen, decian á los contrarios que no podian salvarse más que en la suya : que esto atormentaba mucho su espíritu, pues que no sabia á que partido inclinarse, por lo cual pedia á Dios que le diese á conocer la verdad. Viéndole el buén anciano en tan excelentes disposiciones, le dijo : « Quedaos en mi celda, y esperad, que voy á pedir á Dios

que os ilumine. » Retiróse hacia el Mar Muerto, en donde dirigió á Dios fervientes súplicas, para que se dignase manifestar misericordiosamente la verdad á este nestoriano.

Su oración no tardó en tener efecto : á la mañana siguiente Teofanes vió á un hombre de imponente aspecto que le dijo : « Ven conmigo, y te mostraré la verdad. » Condújole á un lugar tenebroso é infecto, en donde le manifestó un abismo de fuego, en medio del cual vió á Nestorio, á Eutiques y á otros muchos herejes, y le dijo : « Hé aquí el lugar que Dios ha preparado á los heresiarcas y á los que siguen sus dogmas impíos. Si te agrada este lugar, persevera en la comunión que has seguido hasta ahora, más si quieres evitar estos suplicios, entra en la Iglesia católica, como te ha dicho ese anciano. No olvides que, aún cuando un hombre practique todas las demás virtudes, si no tiene la fé verdadera, será atormentado en este abismo que tienes ante tu vista. »

Convencido Teofanes con esta visión, de la verdad católica, rennció á su herejía, y á la vuelta de Ciriaco le refirió lo ocurrido. No quiso volver á su pais, sino permanecer al lado de este santo anciano, en donde murió en paz al cabo de cuatro años.

Ciriaco tuvo también otra visión relativa á las blasfemias de Nestorio, como refirió á Juan Mosch y á san Sofronio. « Creí, dice, que durmiendo una noche, me hallaba á la puerta de mi celda, y ví á una señora vestida con ropaje de púrpura, y respirando cierto aire de santidad y de majestad. Venía acompañada de dos personajes vestidos igualmente con ropajes de gloria, y sus miradas inspiraban mucho respeto. Creí reconocer en esta señora á la Santísima Virgen, y en las personas que la acompañaban á san Juan Bautista y á san Juan Evangelista, y rogué á la señora con mucha humildad que se dignase entrar en mi celda y

santificarla con su presencia ; pero ella mirándome con aire de indignación, me dijo : No entro en un lugar en que está mi enemigo. Y diciendo esto, desapareció.

« Me desperté al punto, y como me encontrase solo en mi celda, quedé sumamente afligido con sus palabras, y temeroso de que este enemigo que le habia impedido entrar, fuese algún pecado secreto que yo tuviera en mi conciencia, é ignorase. En semejante turbación abrí un libro, que me habia prestado Hesiquio, sacerdote de la iglesia de Jerusalem, con el fin de encontrar algun consuelo en la pena que devoraba mi corazón ; pero al hojearlo, observé que habia al final dos tratados del impío Nestorio. Comprendí entónces que esto era lo que habia querido darme á entender la santísima Virgen en aquella visión. Devolví al punto el libro á Hesiquio, diciéndole que me habia sido más perjudicial que útil. Preguntóme la causa, y al referirle todo lo que me habia ocurrido, este sacerdote, que no habia visto los tratados de Nestorio, y que se hallaba animado de un santo celo, hizo pedazos el libro y lo arrojó al fuego, diciendo : « El enemigo de nuestra Señora, la santa Madre de Dios, no estará un instante más en esta celda. »

Refiere Juan Mosch otras dos apariciones de la Santísima Virgen, que omitimos por no separarnos más de nuestro propósito ; pero que pueden leerse en este escritor, por ser muy edificantes y propias para inspirar tierna devoción á esta divina Madre.

Hemos dicho que la laura, ó eremitorio de Elodis, estaba cerca del Jordán. Un solitario, llamado Antonio, fué su fundador, y la gobernó durante mucho tiempo con gran sabiduría. Juan Mosch y Sofronio aprendieron de él algunos de los pasajes de la vida de Teodosio, de que hablaremos despues. Habia habido en esta laura un religioso, llamado Estéban, de quién un anciano les habló con gran

elogio, y les dijo que fué sacerdote y ermitaño : que el demonio le habia tentado varias veces para que dejase su celda ; pero que Estéban habia rechazado todos sus artificios con la oración.

Este santo religioso tenía siempre presente á Jesucristo crucificado, el cual constituía el objeto ordinario de sus oraciones. Un dia vinieron á visitarle tres ancianos con objeto de consultar asuntos espirituales, y como hablasen mucho, él guardaba silencio, y no parecía tomar parte en la conversación. En vista de ello, le dijeron : « Padre mio, hemos venido á aprovecharnos de vuestras instrucciones, y nada nos decís. » Más él les respondió : « Perdonadme, Padres míos, que no haya puesto atención á lo que habeis dicho : pues no me ocupo dia y noche en otra cosa que en Jesucristo clavado en la cruz. » Estas palabras les edificaron mucho más que todo lo que hubiera podido decirles.

El abad Juan, llamado también Molbas, refirió á Juan Mosch, que habiendo enfermado gravemente del higado á causa de su rigurosa abstinencia, le ordenaron los médicos que comiese carne. Obedeció, pero habiendo venido á verle un hermano suyo que era muy devoto, quedó admirado y aún afligido de ver que al fin de su vida se permitiese algún alivio en su penitencia. Pero bién pronto tuvo que justificarle, pues habiendo caído en una especie de éxtasis durante su oración, creyó ver delante de sí á uno que le decía : « ¿ Porqué te has escandalizado de ver comer carne á este sacerdote ? Lo ha hecho por necesidad y por obediencia, y si quieres conocer el mérito de tu hermano y la gloria que Dios le tiene preparada, mira detrás de tí. « Efectivamente, se volvió, y vió á su hermano crucificado con Jesucristo.

Teodosio vivió también entre los Eliotas, ó á lo ménos, cerca de ellos. El abad Antonio, hablando de él á Juan Mosch y á su compañero, dice que Dios le llamó al com-

bate de la vida religiosa por una visión que tuvo en la oración, ántes de que se retirase á la soledad. Vió con los ojos del espíritu á un hombre, cuyo rostro brillaba con la claridad del sol, y que, tomándole de la mano, le dijo : « Ven conmigo, porque es necesario que emprendas un combate. » De pronto se encontró en un anfiteatro en que había muchas personas, vestidas unas de blanco, y otras con ropajes negros. Entre ellas sobresalía un etiope de colosal estatura, con el cual debía combatir.

Lleno de espanto Teodosio al ver á este terrible gigante, dijo al jóven, que no sólomente no se sentía con fuerzas para combatir con él, sino que aún cuando todos los hombres se reuniesen para hacerlo, tendrían que sucumbir á sus golpes, porque su cabeza parecía llegar á las nubes. Pero el jóven le respondió : no temas ; ántes, por el contrario, animate y llénate de valor y confianza : yo estaré á tu lado para ayudarte, y ceñiré tu cabeza con la corona de la victoria. Enabló efectivamente el combate, y el jóven le asistió, y le coronó. Al mismo tiempo, todos los que estaban vestidos de negro, y que parecían etiope, huyeron dando grandes lamentos ; mientras que los que llevaban vestiduras blancas le felicitaron por su victoria, y dieron gracias al que había ayudado á conseguirla.

Habiendo, pues, entrado este santo varón en la soledad como en un lugar de combate, pasó treinta y cinco años en el ayuno y en el silencio, no comiendo más que cada dos dias, y no hablando más que muy raras veces ; pues lo hacía ordinariamente con signos, cuando tenía que comunicar sus pensamientos á otros. Tuvo un discípulo llamado Ciriaco, que refirió todo esto á Juan Mosch, si bien fué testigo de muchos de estos hechos, por haber vivido diez años entre los Eliotas.

Refiérese también de Teodosio, que, sabiendo Abraham, abad de Santa María la Nueva, que no tenía manto con que

cubrirse en el invierno, le envió uno ; pero se lo quitaron unos ladrones que entraron en su celda, sorprendiéndole dormido ; lo cual sufrió con tanta paciencia, que no profirió ni una sola palabra de queja.

Un santo anacoreta, llamado Teodoro, que moraba cerca del Jordán, vino á ver á Juan Mosch, que se hallaba en la laura de los Eliotas, y á suplicarle que le proporcionara un Nuevo Testamento, que estuviese completo. Sabiendo Juan que el abad Pedro, obispo despues de Calcedonia, tenía uno muy bien escrito, fué á rogarle que se lo vendiese. Díjole el abad Pedro que valía tres escudos ; pero que quería saber si era para él ó para alguno otro, á lo cual respondió Juan, que era para un excelente anacoreta. Entónces se lo entregó Pedro, y Juan lo llevó en seguida al que lo deseaba. Al cabo de diez meses se le presentó de nuevo este piadoso anacoreta, manifestándole que tenía escrúpulo de recibir gratuitamente el libro ; pero Juan le aseguró que Pedro se lo había cedido de muy buena voluntad. Insistió, sin embargo, en querer pagárselo, y como no tuviese con que hacerlo, se puso á trabajar en una obra que construía el patriarca de Jerusalem, y cuando hubo ganado los tres escudos, llevó estos y el libro á Juan, encargándole que hiciese aceptar los unos ó el otro al abad Pedro. Este insistió en rehusar todo precio ; pero Juan le persuadió que no rechazase el fruto del trabajo de este buen anacoreta, al cual remitió el libro que tantas ventajas había de reportarle en el desierto.

El monasterio de Gerasimo, cerca del Jordán, tenía por superior en tiempo de Juan Mosch á un abad de gran mérito, llamado Alejandro, y el sacerdote de su Iglesia se llamaba Olimpío, y era personaje de rara virtud. Cansado un solitario de vivir en su celda, dijo á Alejandro que quería variar de vivienda. Más éste le dijo : « El fastidio que experimentais no procede de otra cosa, sino de que no